



OPINION

700284

De Miguel Arteche

La Tierra Que Aún Nos Queda

Me preguntó qué hacen los órganos de comunicación para advertirnos, día a día, sobre el desierto que avanza sobre Chile. Veo, en la televisión, un aviso: lo pasan rápidamente. Se trata de los incendios forestales. Está muy bien que se haga. Pero en este país todo empieza con gran entusiasmo, con discursos floridos e inauguraciones, y luego lentamente todo se hunde en el peso de la noche. Por supuesto, crear esa conciencia no es cosa de un día, y el Gobierno sabe bien de qué se trata. Si lograra crearla en cada uno de los chilenos, sólo por eso tendrían que guardarle gratitud las nuevas generaciones. Es difícil. Hay todo tipo de intereses oscuros, cubiertos, clara está, con palabras hermosas. Este Gobierno tiene todo para hacerla, y apoya importantes iniciativas que tienden a ese fin, colaborando con organismos como el Instituto de Ecología, CONAF y SAG. Hace poco se celebró en Santiago un seminario latinoamericano sobre medio ambiente, y se realizó, por primera vez, un inventario de nuestros recursos renovables y explotables, además de un estudio sobre contaminación ambiental en Chile. Cosas dignas del mayor elogio.

Pero es inútil pensar que el Estado lo hará todo. Los chilenos —escribe Edwards Bello, cuyas crónicas deben ser leídas por nuestros gobernantes, y sobre todo por algunos economistas— quieren que el Presidente de la República les lleve todos los días el chocolate y el periódico a la cama. Y así no se puede hacer nada. ¿Qué vamos a entregar a nuestros nietos, si no se pone atajo a la depredación de nuestro territorio? Un desierto de Arica a Magallanes. En 1855, Claudio Gay, recién contratado por el Gobierno, nos advertía acerca de los peligros de la deforestación, y señalaba el ejemplo de Coquimbo. En 1883, Vicuña Mackenna, desde París, dice que en un siglo Chile será un desierto. Estamos a pocos pasos de esas terribles palabras. ¿Y quiénes son los culpables? No busquemos, por favor, un chivo expiatorio, pues aquí caen todos: chilenos y extranjeros, derechistas e izquierdistas, reaccionarios y revolucionarios.

Así lo recuerda Luis Oyarzún en un libro postumo —"Defensa de la tierra"—, que tiene que estar en las manos de todos los niños chilenos, de los jóvenes y los adultos. Es una defensa apasionada, y al mismo tiempo agónica —agónica en el sentido



se han talado y quemado nuestros bosques. Es bueno repetir esto una y otra vez, pues los pueblos jóvenes carecen de memoria histórica. Ahora es, ahora, un desierto: millones de troncos calcinados sobre el granito desnudo. La piel de nuestra tierra —dice Oyarzún— se cae a pedazos. Esta es la real miseria que soportamos. El chileno odia al árbol. "Chile es el más hermosa país del mundo con las más feas ciudades de la tierra, afirmaba un gran amigo de Chile, Lord Dunsdonald, descendiente de Lord Cochrane. Nuestras ciudades son el reflejo de nuestra alma. Este es el pecado original de Chile, escribe Oyarzún.

Hace algunos días preguntaba a un amigo por qué en este país, que carece de imaginación y ama lo feo, había surgido un movimiento tan importante de poetas. "Tal vez Dios —me contestaba— quiso compensarnos de tanto odio, destrucción, fraldad y envidia, y nos dio uno de sus dones mayores; el de la poesía. Es decir, el poder de crear. El de matar a la muerte.

La tierra que aún nos queda [artículo] Miguel Arteche.

Libros y documentos

AUTORÍA

Arteche, Miguel, 1926-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La tierra que aún nos queda [artículo] Miguel Arteche.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile